



Capítulo 415 - Descanso en el tiempo

El silencio que siguió al impacto fue más que el sonido de una pausa—fue la anticipación del cosmos, una nota suspendida en la música de la destrucción.

Crimsarya flotaba en el aire, su cuerpo envuelto en tenues llamas, como si el espacio mismo dudara en tocarla. Su mirada estaba fija en el cráter de abajo, donde Nivara, todavía jadeando, intentaba elevarse entre fragmentos de hielo roto.

Pero ahora ya no había más palabras.

No hubo más advertencias.

Sólo hubo decisión.

Crimsarya extendió su brazo derecho. Su puño se cerró lentamente. Y el mundo... tembló.

Un sonido imposible comenzó a resonar—como el canto lejano de una estrella moribunda. Una presión colosal lo envolvió todo. La gravedad cambió. Los cielos se oscurecieron. Como si algo que nunca debería haber existido estuviera siendo llamado de nuevo a la realidad.

Entonces, una grieta carmesí se abrió en el aire detrás de ella. No como un portal — sino como una herida. Una lágrima en la lógica.

De allí surgió Supernova.



Una hoja gemela, con dos bordes en llamas, gira lentamente alrededor de sí misma como si todavía ardiera con los gritos de un sol que se derrumba. Su núcleo era negro —tan negro que tragaba luz— pero sus bordes se arremolinaban en tonos de rojo, dorado y blanco, en constante combustión. Era imposible mirarlo directamente sin sentir que el alma se contraía.

Mientras lo tomaba en sus manos, Crimsarya dejó escapar un suspiro. No es de alivio. Pero de resignación.

En el momento en que sus dedos rodearon la empuñadura del arma, el mundo gritó.

A lo lejos, Susano'o actuó sin pensar—el instinto de un antiguo guerrero. Su katana atravesó el mismo espacio frente a él, una hendidura que lo envolvió en un capullo de distorsión, protegiéndolo de la ola de calor que desintegró todo en su radio.

"Esto ya no es una pelea..." murmuró con los ojos vidriosos. "Es el nacimiento de un nuevo desastre."

Morrigan, que había estado observando con una pálida sonrisa, ahora gruñó en silencio, rodeado por un círculo de cuervos. Se fusionaron a su alrededor en un vórtice de plumas negras que sellaron su cuerpo y alma del impacto. Cada pájaro chillaba en lenguas olvidadas, creando un hechizo antiguo —no para contraatacar, sino para sobrevivir.

Virgilio, desde donde estaba, apretó los puños. "No..."

Zafiro cayó de rodillas, sin aliento. La batalla con esa mujer había causado daños increíbles a su cuerpo. Al ver esto, Virgilio la protegió con la energía de la muerte. Esa escena no lo hizo feliz en absoluto. Su amada esposa era





tan frágil que él mismo empezaba a enojarse, pero no era el momento de precipitarse...

Sepphirothy, por primera vez, frunció el ceño. "Demasiado poder... interferirán", pensó, mirando el cielo roto.

Cymsaria había convocado la espada de la extinción. Un arma hecha no para la guerra, sino para el borrado. Quemar conceptos, épocas, historias... y empezar de nuevo.

La presión era tan grande que el cielo se rompió en pedazos y comenzó a romperse aún más. Incluso los mundos vecinos, que colgaban lejos en órbita del campo de batalla, temblaron.

Pero el hielo... no huyó.

En el fondo del cráter se levantó Nivara.

Su rostro ya no era un espejo de ira. Fue sereno. Frío. Como si el calor que tenía ante ella no fuera más que un detalle.

Ella no dudó.

Si Crimsarya decidiera usar la destrucción, entonces usaría el final. "...Era de hielo", susurró.

El aire a su alrededor se congeló por completo. No como cuando baja la temperatura. Pero como cuando se anula el concepto de calor. El suelo desapareció. No se rompió — se borró.





Una grieta de luz azul se abrió detrás de ella, similar a la de Crimsarya, pero ésta pareció sumergirse en el núcleo de la galaxia más fría del universo. Estrellas muertas, mundos de hielo absoluto, cometas antiguos y dioses hibernando... todo estaba allí, congelado en la eternidad de un segundo.

Y de ella nació la lanza.

Era do Gelo.

Un arma tan fina como cruel. Su mango estaba hecho de cristal plateado, translúcido pero imposible de romper. La punta era casi invisible—tan afilada que cortaba el tiempo cuando se movía. A su alrededor, espirales de frío se arremolinaban como serpientes heladas, borrando todo lo que tocaban.

Nivara lo sostuvo y el mundo se detuvo por un momento.

El tiempo no se movió. El calor no se movió. Las brasas se congelaron en el aire.

Wukong, que hasta entonces había estado observando desde lo alto de uno de los fragmentos flotantes del cielo, entrecerró los ojos. Su bastón giraba inquieto detrás de él. Pero él lo contuvo.

"He luchado contra dioses..." murmuró con la boca seca. "He derrotado a los emperadores celestiales. He hecho sangrar a los Budas y he causado agitación en la Corte Celestial."

Tragó fuerte. El sudor le goteaba por la frente, incluso en medio de una congelación absoluta.





"Pero eso... eso es lo más aterrador que he visto jamás."

Él sabía lo que estaba mirando.

Dos dragones.

Real. Verdadero. Eterno.

Crimsarya, con su Supernova girando lentamente en sus manos, rodeada de llamas que podían incinerar incluso conceptos.

Nivara, con la Edad de Hielo en el puño, rodeada de un silencio tan absoluto que se tragaba hasta los pensamientos.

Sus ojos se encontraron.

Y en ese instante... el universo dudó.

Porque lo que vio ya no eran sólo Crimsarya y Nivara.

No eran sólo guerreros antiguos.

No eran emperatrices, diosas ni rivales.

Eran calor y frío primordiales.

La estrella que crea y el vacío que consume.





No se movieron.

Pero el espacio que los rodeaba se fue desmoronando poco a poco.

Las galaxias distantes comenzaron a parpadear.

El tiempo, que hasta entonces sólo había vacilado... se rompió.

Con el inminente enfrentamiento entre Crimsarya y Nivara, el universo, incapaz de soportar el peso de los dos extremos absolutos, se detuvo.

Literalmente.

Las brasas congeladas en el aire dejaron de parpadear.

La luz dejó de propagarse.

Partículas, vibraciones, incluso pensamientos... fueron absorbidos por un silencio absoluto sin retorno.

Todo fue suspendido.

A excepción de una única presencia.

De los cielos destrozados, ella descendió.





Flotando suavemente entre fragmentos de realidades rotas, una niña de aspecto inocente, vestida con prendas negras que ondeaban como velos cósmicos. Sus pies ni siquiera tocaban el suelo, pero dondequiera que pasaba, el espacio estaba cosido... y moría. Como si cada paso fuera una firma del fin.

Suspiró profundamente, su expresión demasiado cansada para su aparente juventud.

"¿Cómo trato contigo?" susurró, su voz cargada de algo más antiguo que la existencia misma — la entropía personificada. Ella no estaba hablando con los guerreros. Ella estaba hablando consigo misma. O a algo muy por encima.

Pero entonces...

Una voz respondió... "¿Quién eres tú?"

El sonido atravesaba el tiempo congelado como un cuchillo hecho de desorden.

La niña se quedó congelada. Literalmente. Giró la cara lentamente, muy lentamente... sus ojos se entrecerraron ligeramente.

Alguien... se estaba moviendo.

Dentro del tiempo congelado.

Y eso, más que cualquier otra cosa... la asustó.

No visiblemente. Ni con temblores, ni con miedo en sus ojos. Pero con ese denso silencio que sólo los verdaderos seres superiores muestran cuando se dan cuenta de que algo ha escapado a su control.



Ella giró la cara por completo y lo vio.

Vergil.

Quedarse quieto. Mirándola. Su mirada no era arrogante, sino firme. Él no entendía quién era ella, pero no tenía miedo. Y eso la molestó aún más.

Ella lo miró fijamente durante unos segundos. Largos segundos.

Sin responder.

Vergil frunció ligeramente el ceño.

La incomodidad en la habitación invisible del universo era absoluta.

"..."Anomalía", dijo por fin, como si estuviera diagnosticando una enfermedad.
"Inestable. Incorrecto."

Sin cambiar su tono, extendió su pequeña y pálida mano hacia él... "Eliminar."

No pasó nada.

La energía a su alrededor flaqueó. Las leyes de la existencia fueron sacudidas.

Pero... Virgilio permaneció allí.





Intacto.

La niña parpadeó una vez, lentamente. "Eliminar."

Más firmemente. Pero... otra vez: nada.

Vergil dio un paso adelante, confundido—todavía sentía la presión del tiempo parado a su alrededor, pero algo dentro de él lo mantenía en movimiento. Algo que ni siquiera él entendía.

"Ya veo", murmuró la niña, sin emociones.

Recordó a Crimsarya y Nivara, todavía suspendidos en el momento antes del impacto del final.

"Sello."

La palabra resonó en todos los planos — no como sonido, sino como ley.

Y luego volvió a señalar a Virgilio.

"No tengo objetos lo suficientemente potentes para sellar a estos dos bebés. Usaré tu cuerpo."

El suelo tembló. No por impacto. Pero de la negativa a aceptar la realidad.

Vergil intentó dar marcha atrás. Para abrirle la boca. Pero su cuerpo no respondió.



La fuerza que lo poseía no era mágica. Tampoco era espiritual.

Era el dominio del código mismo de la realidad.

Su cuerpo comenzó a moverse por sí solo, dirigiéndose hacia la niña, como una marioneta sin cuerdas.

"Silencio."

Con esa palabra, su mente también fue borrada por un instante. Su alma todavía gritaba, pero su conciencia estaba siendo arrastrada al fondo, como un hombre que se ahoga en un mar sin superficie.

Afuera, el cuerpo de Vergil se detuvo frente a ella.

Levantó sus pequeñas manos y comenzó a trazar símbolos en el aire — símbolos imposibles. Formas que no pertenecían a la geometría ni al lenguaje. Cada uno brilló por un segundo y luego desapareció.

"Tú serás el barco. El objeto del sellado. "No tengo tiempo para encontrar otros orbes", declaró. "Agradece que no estás extinto. Ser anómalo."

La luz de esos símbolos imposibles comenzó a penetrar la carne de Virgilio como tatuajes cósmicos. Cada línea, cada curva, parecía doler en un plano que no era físico — como si su existencia estuviera siendo redibujada, píxel a píxel, átomo a átomo, en una nueva función: la contención.





La niña dio un paso adelante. Sus ojos no mostraban ni ira ni placer. Sólo una especie de aceptación cruel — la frialdad de alguien que hace lo necesario, no lo que quiere.

"Forma de sellado: híbrida. Capacidad de regeneración: aceptable. Voluntad residual: insignificante..." Ella narró, como si recitara una ecuación viva. "Límites emocionales... inestables. Iniciando refuerzo."

Las runas volvieron a brillar, más fuertes, y la piel de Virgilio ardió — pero no con fuego. Con lenguaje.

Fue en ese momento cuando algo se rompió.

Una grieta invisible, una línea que atravesaba lo que debería haber sido imposible.

La niña se detuvo.

"...Ce?" Ella murmuró, luciendo humana por primera vez.

La marca recién escrita en la frente de Virgilio se hizo añicos — como un cristal golpeado por algo mucho más grande de lo que podía soportar.

Desde dentro de él no había ningún grito.

Hubo un rugido.

Un sonido antiguo. Cruel. Lleno de un dolor que no pertenecía a ese avión. Algo inactivo, sellado...quizás por alguna razón.



La niña dio un paso atrás, lentamente.

"Eso... no estaba en el patrón."

El cuerpo de Vergil tembló. Sus ojos, una vez vacíos, ahora brillaban con una luz que no era la suya. Un color que no pertenecía a ningún espectro — algo entre el negro absoluto y el blanco irreal. Algo que vibró con la esencia de la negación...

"Necesitamos hablar." Esa cosa le habló...

